

## CARTA DE PARÍS

### El amor y el espíritu francés

*París, Octubre.*

**N**O hay ninguna otra actitud que defina más a los seres que la actitud amorosa. Las razas, las épocas, las costumbres, se graban ante la historia analizando sus relaciones y sus características.

Si estudiamos la decadencia de Grecia, de Roma o de la Europa de hoy, el amor será objetivo principal. No tan sólo enfocando el aspecto moral, sino la falta de valores constructivos y la pequeñez espiritual de estas distintas épocas.

En Francia existe el más curioso de los fenómenos. El amor ha sido y es más que en parte alguna del mundo el eje de todas las manifestaciones artísticas, espirituales y materiales. Es sabido que el teatro francés está todo entero basado en el problema amoroso y que la vida de este pueblo gira alrededor de él. Los franceses se hacen el amor a cualquier hora y en los más inadecuados sitios. A las doce del día, en el *Metro*, se ve gente que para mirar el mapa-itinerario debe empezar por dispersar parejas que se besan reclinadas sobre él. Personas de todas las edades y condiciones sociales lo hacen con la misma naturalidad; mujeres antiestéticas por todos los aspectos son requeridas con un entusiasmo digno de mejor causa. Y sin embargo, con todas esas demostraciones, es el país en que el amor tiene menos importancia. Amar es aquí un fenómeno tan natu-

ral como respirar. No tiene consecuencias sociales ni sentimentales de ninguna especie. Cada mujer que pasa por los brazos de un francés es tan recordada como la comida ingerida la víspera: su rastro es sólo de buen o mal sabor. Livianura, falta de complicaciones y horror a la tragedia son condiciones para luchar por la vida.

Estos franceses son indudablemente grandes filósofos: viven la realidad y la simplificación. No buscan ni piden absurdos mitológicos, pero la verdad es que el valor del amor no es lo que existe, no es lo que nos aporta como realización cada creatura, sino todo ese mundo mental y absurdo que nosotros ponemos en él. Es la posibilidad de soñar. Decoramos la vida con telarañas de todos colores, cuyos hilos no arraigan en ninguna parte y tan sutiles que sólo pueden contener el pensamiento. Es el ardor de desear y de pensar. El amor reducido a lo zoológico es demasiado insignificante para producir la exaltación. Pero los franceses se burlan de ese estado de ánimo: sensación y agrado son más que suficientes para pasar el tiempo y seguir alegremente el curso de la vida. El pasar las horas sin trascendentalismo junto a una mujer entrelazada es actitud tibia y sonriente. Ignoran el placer de la rigida actitud junto a alguien que es la mitad de la propia vida. El deseo punzante de la acción espiritualmente intencionada y el dolor de no expresar: falta de relación entre la emoción y las palabras, entre la sutileza de la imaginación y la dureza del lenguaje; entre la forma tan armoniosa y tan estética en que se arreglan los deseos dentro de nosotros y el burdo trabajo de preparación para llegar a la expresión. Esa dulzura de escoger nuestra hora, nuestro minuto, ya no tiene aceptación, pues se trata de que el tiempo corre demasiado aprisa. Así se empieza como si todo el andamiaje espiritual estuviera elaborado o hasta prescindiendo de él. Lo suple la técnica aplicable a todos los casos, la experiencia realizada con gran éxito.

No se sabe del exacerbamiento que da sentirse impelida por dos mundos y la angustia de quererlos conciliar. Imaginamos una escena, vemos y oímos anticipadamente nuestras palabras y

nuestros movimientos, adivinamos las reacciones del ambiente, pasamos al mundo vivo, y basta la luz fuerte del sol, el sonido desgano de la voz amiga o el color peculiar de los objetos que sentimos extraños, para que a su vez todo el proceso mental alrededor del cual hemos girado horas y más horas nos resulte inverosímil y absolutamente imposible de poderlo traducir, y que aún la persona a cuyo contorno todo se enlazó se nos escape de entre los nudos y la miremos como extraña. Luego cualquier otro detalle es la pequeña saliente que enreda nuevamente, y así uno y otro y otro forman la colina inaccesible.

\* \* \*

Esta manera de concebir el amor es una forma de inferioridad del espíritu francés: el placer es unilateral. Por mucho que se refine y se complique siempre será algo que sabrá a conocido, algo de nosotros mismos. Fatalmente palparemos las paredes que lo limitan y comprobaremos que esas paredes son nuestro yo. El amor que los franceses llaman «hacer el sentimental» es despertarse una mañana con la sensación que hemos sido hechos de nuevo. Y es un empezar el delicioso trabajo de descubrirnos y descubrir la vida con relación a este ser que nos ha nacido dentro.

La idea del placer a priori es la sombra que se proyecta sobre todos los pequeños entrecruzamientos que forman el encanto individual. Es la uniformidad de la mujer como elemento necesario al oficiante para determinado rito. Alguien dijo que el plagio humano más difícil de evitar es el plagio de sí mismo, máxime cuando se aumenta con el atractivo del recuerdo. Así para el imaginativo la repetición de un mismo proceso sólo le puede proporcionar placer si éste le despierta en su desarrollo nuevos y desconocidos aspectos de su propio yo. Este sufre la angustia de buscar indeterminadamente esa llave que perdimos antes de nacer, la cual nos daría la expansión de un ser que llevamos dentro y que vamos estrangulando cada día con la propia vida. Obsesiona pensar en un fatal absurdo y los es-

fuerzos son sólo pequeñas heridas que concluyen por enconarse. Surge la idea del renunciamiento ante el cansancio y a veces hasta el olvido; se borra el recuerdo de que *somos dos* y un día, por cualquier circunstancia, nos golpeamos nuevamente y con sorpresa nos sentimos repercutir. Se produce un fenómeno de súbita violencia y nos ponemos, con feroz alegría, al trabajo de ayudar a la vida a deshacernos. A veces el conseguirlo suele llevarse también los resortes y dejar al hombre con la sola y única sensación de espacio; es decir, se llega al mismo punto de partida de esta raza deliciosamente frívola, y se llega en peores condiciones.

Pero sin embargo se guarda íntimamente la convicción de que todo ese cilanco de amargura es lo único que nos hará recordar que hemos vivido.

MARTA VERGARA.